

EL ENCANTO DEL FRAGMENTO

NAUSICA CANIGLIA



Venus de Milo

***E**l fragmento en el Arte es la condición de una nueva perspectiva de legibilidad de la obra; es un signo evidente de autenticidad y ofrece, en la medida que la forma está más disgregada, una posibilidad mayor para la manifestación de la imaginación y del estímulo estético. Por lo tanto, el fragmento no aparece como un defecto de la forma sino más bien como un valor absolutamente especial. En estas condiciones, lo irreparable, lo dañado es la estructura unitaria de la obra, por ello provoca el desconuelo por lo que se ha perdido. Sin embargo, esto puede estimular la inteligencia interpretativa a generar nuevas formas que susciten el placer y el agrado. El efecto que ejercen en nosotros algunas obras reside, precisamente, en su "mutilación".*

En efecto, en las esculturas clásicas mutiladas, es el transcurrir del tiempo, inexorable y casual, el que hace legible la obra, aunque parcialmente. La que, evidentemente, alcanza su perfección y armonía solamente siendo íntegra. Entonces, es necesaria esta integridad para que se instale una simbiosis entre la obra y el escultor y así comprender las razones de la "expresión" específica de la obra.

Pero cuando el tiempo ha deteriorado una escultura, no es ya la plasticidad del movimiento o la postura lo que prevalece. Lo que nos conmociona ahora es el detalle y no el conjunto. Por lo tanto, debemos confiarnos a la imaginación y, admirando la belleza del fragmento, reconstruir la armonía de la totalidad del conjunto. También los

fragmentos son importantes en este sentido, pese a que se deba a ellos precisamente este menoscabo de la completitud artística. Así, el observador juega en su imaginación con la belleza que queda, con aquella belleza que la crueldad del tiempo ha ido borrando inexorablemente.

Mecanismo análogo se da también en el caso de lo "incompleto". Aunque no se trata esta vez de una ruptura con el pasado ido, lo que "falta" crea el *pathos* de la ausencia¹. Frente a lo incompleto, quien contempla se transforma en filólogo y restaurador.

El fragmento despierta nuestra curiosidad. Esta es la forma que agradaba a los románticos, porque conserva toda la fascinación del hallazgo arqueológico y el reflejo ideal de lo no terminado, de lo indefinido, de lo infinito. En el Renacimiento, se prefería dejar las esculturas truncadas porque entre los artistas como en los coleccionistas, existía el gusto por el fragmento. Una obra de arte incompleta, aunque fuese poco clara del punto de vista formal o iconográfico, tiene una fascinación porque estimula la fantasía y suscita emociones.

En el transcurso del siglo XVI, sin embargo, a la admiración incondicional por el arte antiguo se le suma la conciencia que el arte moderno, no siéndole inferior, está en condiciones de emularlo. El fragmento llega así a ser objeto de reintegración, y superación, por medio de la interpretación de la totalidad. Este cambio de la estética del fragmento al gusto por la reintegración está testimoniado por Vasari: “y en verdad tienen mucho mas gracia estas

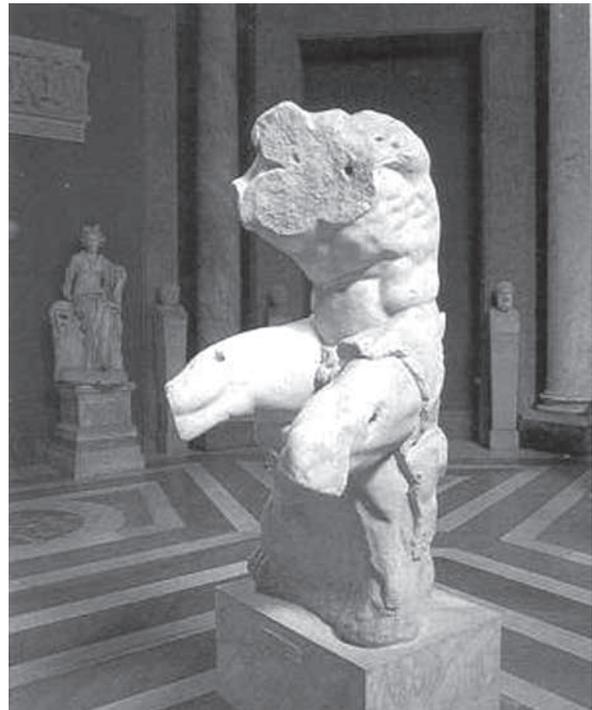
antigüedades restauradas porque no son troncos imperfectos y sin cabeza, o miembros defectuosos y tronchados”.²

Los “troncos imperfectos” y otros fragmentos eran apreciados como modelos por los artistas, pero sin una restauración habrían quedado faltos de gracia y no habrían exhibido aquella belleza que solo completándolos idóneamente lograban evidenciar. Y no es una contradicción que el Torso del Belvedere³ sea a la inversa, es decir que se haya dejado sin restauración. Porque esta escultura, pese a su estado extremadamente lagunoso, revela un sentido del movimiento y una gracia que hace evidente el mensaje figurativo aun en su estado fragmentario. Vasari, consciente de los peligros que enfrentan las obras, apreciaba las restauraciones y las consideraba una contribución a la recuperación de antigüedades.

El Torso del Belvedere, una figura de héroe griego sentado, potente y musculoso, ligeramente volcado hacia adelante y

con una torsión hacia la izquierda, pese a las vastas mutilaciones y a la superficie de mármol corroída por la intemperie, no pierde la fascinación que por más de medio milenio lo han hecho celebre como ningún otro fragmento. No obstante lo incompleto, aparece en sí mismo concluido y completo y se deja admirar como la obra maestra que es, el eterno e impenetrable testimonio de un sueño de belleza.

Las heridas del tiempo abren brechas en nuestra capacidad para imaginar la “humanidad” de la figura y reconstruir el momento que el artista quiso plasmar. Pero es en esto, seguramente, en donde reside el destino histórico del Torso: la admiración incondicional que desde su descubrimiento, inspiró a diseñadores, pintores, escultores grabadores, como también a literatos, poetas, arqueólogos y a hombres de cultura. Winckelmann⁴, quien tuvo algunas dificultades para la comprensión de la obra, la describió poéticamente como ningún otro: “En el mismo modo que comienza a agitarse, la superficie del mar, que al inicio estaba



Torso del Belvedere

tranquila, poco a poco se va levantando y produciendo un brumoso disturbio en las olas, las cuales, unas fustigan a las otras y otras fustigan las primeras. Del mismo modo, un músculo dulcemente abultado y casi ondulante, se pierde en el otro y un tercero, que se destaca en medio a ellos, parece reforzar el movimiento y en ellos se pierde, y nuestra mirada, por así decirlo, allí también se pierde”.

Miguel Ángel estudió a cabalidad el *Torso del Belvedere*, dibujándolo desde varios ángulos. Este artista y el *Torso* están íntimamente relacionados desde cuando el fragmento yacía en el Belvedere,² apoyado sobre la espalda, junto a otras estatuas. Esta relación originó numerosas leyendas no carentes de una cierta credibilidad, como cuando Miguel Ángel rechazó completar los trozos faltantes del *Torso* (en aquella época la integración restauradora de estatuas antiguas era una práctica normal). Y fue siempre este vínculo, además de la calidad del *Torso* como escultura, lo que permitió al fragmento ejercitar su influencia por

siglos con innumerables réplicas, en bronce, terracota, dibujos, grabados, desde Rafael hasta Rodin, quién, cuando se le solicitó restaurar estatuas antiguas, como a Miguel Ángel, respondió: “No me siento capaz de hacerlo y aunque pudiera realizarlo, no me atrevería jamás”.

Una idea clara, que refiere a las obras de arte de las cuales no queda más que un fragmento, o una serie de ellos, está en el pensamiento de Mukarovsky. Este autor, al discutir la forma de un objeto artístico arruinado, destaca la capacidad que tiene la función estética para encontrar una compensación a la función perdida del objeto en el transcurso del tiempo. Un objeto, por lo tanto, carente de su función original, puede recuperar parcial o totalmente su valor gracias al potenciamiento de su función estética que en muchos caso tenía un rol secundario”.⁵ El fragmento, por consiguiente, se muestra con certeza como el residuo de lo que se ha perdido, pero también como una huella y un camino hacia un nuevo sentido, infundido a partir del

testimonio actual de una vivencia.

Este artículo, originalmente escrito en italiano, se titula IL FASCINO DEL FRAMMENTO. Ha sido traducido al castellano por los profesores Nino Bozzo y Aldo Hidalgo.

Notas

¹ C. Segre. *La pelle di San Bartolomeo*, Einaudi, Torino 2003, p.114

² Giorgio Vasari (1511-1574). Pintor, escultor, arquitecto y tratadista italiano. Autor de *Vida de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos (1542)*.

³ *Il Torso del Belvedere*, da Aiace a Rodin, Catálogo de los Museos Vaticanos. Este fragmento, copia de una escultura griega encontrada en el siglo XV en Roma., inicialmente fue expuesta en el Patio del Belvedere en el Vaticano de donde deriva su nombre.

⁴ Johann Joachim Winckelmann (1717-1768). Arqueólogo e historiador de arte alemán, fue el primero en adoptar el criterio de evolución de los estilos artísticos identificables cronológicamente.

⁵ J. Mukarovsky, *La funzione, la norma e il valore estetico come fatti sociali* (1936), Einaudi, Torino 1971.



Estatua fragmentaria de Icaro



La diosa Hera



Estatua acéfala de Tritón